

todo para quien conozca hoy al excelente médico Pancracio Wolff, el cual el año 1697, como él mismo dice en sus *Cogitationibus medico-legalibus*, sometía al juicio y á la censura del mundo sabio la siguiente tesis: «Los pensamientos no son actos del alma inmaterial, sino efectos mecánicos del cuerpo humano y en particular del cerebro.» En 1726 Wolff, habiendo sin duda en este intervalo sufrido una penosa experiencia, publicó un folleto en el que declara que su antigua opinión no podía dar lugar á todas las deducciones anticristianas que se habían sacado de ella y según las cuales habría negado la providencia especial de Dios, el libre albedrío y todos los principios de la moral; fué estudiando el delirio producido por la fiebre como Wolff llegó á sus conclusiones y, por lo tanto, según un método análogo al que debió seguir la Mettrie.

Miguel Etmüller, célebre profesor de medicina en Leipzig, dicen que admitía también un alma material, aunque por otra parte no negaba la inmortalidad; en su calidad de jefe de la escuela médico-química pudiera ser quizá considerado como materialista en el sentido que nosotros damos á esta palabra; pero evidentemente desde fines del siglo XVII y principios del XVIII, mucho tiempo antes de la difusión del materialismo francés, los médicos tendían á emanciparse de la psicología de los teólogos y de Aristóteles para seguir sus ideas personales; por su parte, los ortodoxos trataron de «materialista» más de una teoría que no merece este nombre; no olvidemos que uno de los caracteres del desarrollo de la medicina, como de las ciencias físicas y naturales, las hace venir á dar en el materialismo lógico; una historia del materialismo debe estudiar también con cuidado estas épocas de transición; pero todavía en la actualidad faltan para la cuestión que nos ocupa los trabajos preliminares necesarios (20).

## CAPITULO II

### La Mettrie.

El orden cronológico.—Biografía.—La *Historia natural del alma*.—La hipótesis de Arnobio y la estatua de Condillac.—*El hombre-máquina*.—Carácter de la Mettrie.—Su teoría moral.—Su muerte.

Julián Offray de la Mettrie, ó habitualmente Lamettrie, es uno de los nombres más desacreditados de la historia literaria, poco leído y menos conocido hasta por aquellos mismos que se complacen en desacreditarle cuando la ocasión se presenta; este prurito de denigración proviene de sus contemporáneos, por no decir de los que participaban de sus opiniones; la Mettrie fué en Francia el yunque del materialismo del siglo XVIII; cualquiera que tocaba el materialismo con intenciones hostiles, maltrataba á la Mettrie como el representante más exagerado del sistema; los mismos que se inclinaban hacia el materialismo, le daban de puntapiés para curarse en salud de las censuras que pudieran dirigirles; esto era tanto más cómodo cuanto que la Mettrie fué no sólo el más exagerado de los materialistas franceses, sino también el primero en el orden cronológico; produjo, pues, doble escándalo y durante largos años, con cierto aire de dignidad, se le señaló con el dedo, lo que no impedía que poco á poco se fueran apropiando sus ideas, como se dieron más tarde por originales los pensamientos tomados á la Mettrie, aunque rechazándole con tal unanimidad y energía en las protestas que desorientaron á los contemporáneos.

Restablezcamos antes que nada el orden cronológico.



El método introducido por Hegel en la historia de la filosofía nos ha legado innumerables sueños; á decir verdad, no se puede hablar aquí de faltas, por lo menos en plural, porque Hegel, como es sabido, construía la verdadera serie de las ideas según los principios planteados por él, y, como Poncio Pilatos, se lavaba las manos cuando, engañando á la naturaleza, hacía nacer á un hombre ó un libro algunos años antes ó después; sus discípulos han seguido sus errores y, hasta hombres que no reconocen el derecho de violentar así la historia padecen, sin embargo, todavía la funesta influencia de Hegel; Zeller, por ejemplo, ha preservado á su *Historia de la filosofía griega* de casi todos esos insultos hechos á la cronología y, en su *Historia de la filosofía alemana desde Leibnitz*, se esfuerza siempre en ir de acuerdo con la marcha real de las cosas; pero cuando toca de pasada el materialismo francés, le hace aparecer, á pesar de la circunspección de su estilo, como una simple consecuencia del «sensualismo» tomado por Condillac del «empirismo» de Locke; Zeller indica que la Mettrie dedujo esta consecuencia en la primera mitad del siglo XVIII (21). La rutina quiere que Hobbes, uno de los pensadores más influyentes y originales de los tiempos modernos, sea completamente olvidado, relegándole á la historia política, ó bien se le trata como si no fuera más que un eco de Bacon; después Locke, popularizando y dulcificando el rudo hobbeísmo de su tiempo, aparece como el padre de una doble serie de filósofos ingleses y franceses; estos últimos se suceden en un orden sistemático: Voltaire, Condillac, los enciclopedistas Helvetius y finalmente Holbach; también se está acostumbrado á la clasificación en que Kuno Fischer hace de la Mettrie un discípulo de Holbach (22); este método erróneo extiende su influjo mucho más allá de los límites de la historia de la filosofía; Hettner olvida sus propias indicaciones cronológicas afirmando que la Mettrie «excitado principalmente por los *Pensamientos filosóficos* de

Diderot, escribió en 1745 la *Historia natural del alma* y en 1748 *El hombre-máquina*; en la *Historia universal* de Schlosser puede leerse que la Mettrie era un hombre muy ignorante y bastante desvergonzado para publicar como suyos los descubrimientos y las observaciones de otro; pero casi siempre ocurre lo contrario, cuando sorprendemos alguna analogía entre los pensamientos de la Mettrie y sus contemporáneos más célebres, la prioridad pertenece positivamente á la Mettrie.

Por la fecha de su nacimiento, la Mettrie es uno de los más antiguos escritores del período del racionalismo francés; aparte de Montesquieu y Voltaire, que pertenecen á la generación anterior, casi todos son más jóvenes que aquél; de 1707 á 1717 nacieron sucesivamente y en cortos intervalos Buffon, la Mettrie, Rousseau, Diderot, Helvetius, Condillac y D'Alembert; Holbach solo en 1723. Cuando este último reunía en su hospitalaria morada aquel círculo de librepensadores llenos de ingenio, que se llamaba «la sociedad de Holbach», la Mettrie había muerto hacía ya mucho tiempo. Como escritor, sobre todo en las cuestiones que nos ocupan, la Mettrie se halla también á la cabeza de toda la serie. En 1749 Buffon publicó los tres primeros volúmenes de su gran historia natural, pero no desarrolló hasta el cuarto volumen la idea de la unidad primitiva en la diversidad de los organismos, idea que encontramos (1751) en un escrito seudónimo de Maupertius y (1754) en Diderot en sus *Pensamientos acerca de la interpretación de la naturaleza*, mientras que el año 1748 la Mettrie la había ya expuesto con gran claridad y precisión; en el *Hombre-planta* la Mettrie se inspiró en Linneo, el cual, en 1747, abrió este camino con su clasificación de los vegetales; encontramos, además, en cada obra de la Mettrie la prueba de que seguía con mucho cuidado la corriente de todos los progresos científicos; la Mettrie cita á Linneo; en cambio á él no le cita ninguno de sus sucesores, aunque no es posible dudar de



que todos le habían leído. Cualquiera que se dejase arrastrar por la corriente de la tradición, sin tener en cuenta la cronología, llegaría, naturalmente, á acusar á la Mettrie de «ignorante» y de adornarse con plumas de otro.

Rosenkranz, de pasada y en su obra acerca de Diderot, hace un resumen generalmente exacto de la vida y escritos de la Mettrie; cita también la *Historia natural del alma* con la fecha de 1745; esto no le impide declarar que el sensualismo de Locke, «tal como Condillac le divulgó en París y en el resto de Francia, es el verdadero y positivo comienzo del materialismo francés»; después añade que la primera obra de Condillac apareció en 1746; así el punto de partida se manifiesta después que la última consecuencia, porque en la *Historia natural del alma* el materialismo no está ya encubierto más que por un velo muy transparente, y en la misma obra hallamos una idea que verosímilmente inspiró á Condillac su estatua sensible.

Lo que precede bastará provisionalmente para rendir un homenaje á la verdad; si el encadenamiento real de los hechos ha podido desnaturalizarse durante tanto tiempo, preciso es imputarlo al influjo de Hegel y de su escuela, y sobre todo al escándalo provocado por los ataques de la Mettrie á la moral cristiana; esto hizo olvidar por completo sus obras teóricas y sobre todo las más incisivas y serias, entre otras la *Historia natural del alma*; muchos juicios severos acerca de la Mettrie, como hombre y como escritor, sólo se dirigieron en realidad á sus obras relativas á la moral; en cuanto á sus escritos olvidados, no son tan vacíos ni tan superficiales como habitualmente se imagina; hay que confesar, sin embargo, que en los últimos años de su vida dirigió, con un ardor especialísimo, todos sus esfuerzos á romper las cadenas impuestas por la moral; esta circunstancia, junto con la intención provocativa con que ya en el título de su obra capital representa al hombre como una «máquina», ha contribuido

muy especialmente á hacer del nombre de la Mettrie el coco de las gentes. Hasta los escritores más tolerantes se niegan á reconocer en él rasgo alguno digno de alabanza, y se indignan sobre todo de sus relaciones con Federico el Grande; y no obstante, la Mettrie, á pesar de su cínico escrito acerca de la voluptuosidad y de su muerte, seguida de una indigestión de empanadas, era, tal nos parece, de naturalaza más noble que Voltaire y Rousseau; pero también, sin duda, espíritu menos poderoso que el de esos dos héroes equívocos cuyas energías, siempre en fermentación, removieron todo el siglo XVIII, mientras que el influjo de la Mettrie se ejerció en límites incomparablemente más limitados.

La Mettrie, pues, pudiera en cierto modo llamarse el Aristipo del materialismo moderno; pero la voluptuosidad que presenta como el fin de la vida es al ideal de Aristipo lo que una estatua de Poussin á la Venus de Médicis; sus libros más desacreditados no muestran ni gran energía sensual ni numen atrayente, y casi parece una obra artificial ejecutada con un respeto pedantesco á un principio definitivamente adoptado; Federico el Grande le atribuía, no sin razón, una serenidad y una benevolencia naturales é inalterables, elogiándole como un alma pura y un carácter honrado; á pesar de esto, la Mettrie incurrió siempre en la censura de ligero; pudo haber sido servicial y devoto, como debió aprenderlo en particular de Alberto de Halle, y fué un enemigo malo y vulgar en la elección de sus venganzas.

La Mettrie nació en Saint-Malo el 25 de Diciembre de 1709; su padre debió al comercio una holgura que le permitió dar á su hijo una excelente educación; en el colegio el joven la Mettrie se llevaba todos los premios de la clase; sus facultades se dirigieron especialmente á la retórica y á la poesía, amaba apasionadamente las Bellas Artes; pero su padre, convencido de que un eclesiástico sale mejor que un poeta de las dificultades de



la vida, quiso incorporarle entre las filas del clero; le envió, pues, á París, donde estudió la lógica con un profesor jansenista, y se penetró tan bien de las ideas de su maestro, que él mismo llegó á ser un jansenista ferviente y hasta hubo de escribir un libro que fué muy del agrado de este partido; de su biografía no se desprende que se conformase á la mística austeridad y á las devotas penitencias con que los jansenistas se distinguen; en todo caso, no debió seguir mucho tiempo tales prácticas. Durante una breve residencia en Saint-Malo, su ciudad natal, un doctor de la localidad le inspiró el gusto por la medicina, y el padre se dejó persuadir de que «una buena receta era aún más lucrativa que una absolución»; el joven la Mettrie estudió con entusiasmo la física y la anatomía, obteniendo el doctorado en Reims y practicando la medicina durante algún tiempo; en 1733, atraído por el nombre de Boerhaave, se trasladó á Leyde para continuar allí sus estudios médicos.

Aunque Boerhaave no ejercía ya, se había formado en torno suyo una notable escuela de médicos jóvenes llenos de entusiasmo; la Universidad de Leyde era entonces un centro de estudios médicos tal como no se ha soñado otro semejante; alrededor de Boerhaave mismo se agrupaban sus discípulos, quienes le profesaban veneración sin límites; la gran fama de que gozaba este hombre le había valido riquezas considerables, pero vivía con tanta modestia y sencillez que su extrema generosidad y su inagotable beneficencia atestiguaban sólo su inmensa fortuna; además de su admirable talento como profesor, se elogiaba la excelencia de su carácter y hasta su piedad, aunque haya sido sospechoso de ateísmo y haya quizá conservado siempre sus opiniones teóricas; como la Mettrie, Boerhaave había comenzado por la carrera teológica, pero su inclinación manifiesta á la filosofía espinosista le obligó á renunciar á ella, porque á los ojos de los teólogos espinosismo y ateísmo eran sinónimos; el

ilustre maestro, así que se hizo médico, con su inteligencia, eminentemente sólida y positiva, evitó cuidadosamente toda polémica con los representantes de las otras doctrinas que no admitían su concepción naturalista del mundo, concretándose á practicar la medicina y á perfeccionarse en ella; no obstante, el conjunto de su vida no puede menos de haber sido favorable á la divulgación de las ideas materialistas entre sus discípulos.

En medicina, Francia estaba entonces mucho más atrasada que Inglaterra, los Países Bajos y Alemania; la Mettrie emprendió, pues, una serie de traducciones de las obras de Boerhaave para introducir entre sus compatriotas mejores métodos y, habiendo añadido á ellas algunos de sus propios escritos, pronto se encontró lanzado en una ardiente polémica con los ignorantes profesores que constituían autoridad en París, lo que no impedía que practicase la profesión en su ciudad natal con grande éxito y se ocupase sin cesar en literatura médica, y, aunque su carácter turbulento le suscitó numerosas disputas científicas, no se preocupaba aún de filosofía. En 1742 regresó á París, donde poderosas recomendaciones hicieron que le nombrasen médico militar en la guardia del rey y en tal concepto tomó parte en una campaña en Alemania, suceso que decidió de sus tendencias ulteriores. Atacado de una fiebre intensa, aprovechó esta circunstancia para estudiar en sí mismo el influjo de la eferescencia de la sangre y concluyó que el pensamiento no es más que el resultado de la organización de nuestra máquina; poseído de esta idea, trató durante su convalecencia de explicar, con la ayuda de la anatomía, las funciones intelectuales, y publicó sus conjeturas con el título de *Historia natural del alma*; el capellán del regimiento dió la voz de alarma y bien pronto se elevó contra la Mettrie un grito general de indignación; se declararon heréticos sus libros y no pudo conservar su posición de médico de la guardia. Desgraciadamente, en esta



época se dejó arrastrar, por afecto á un amigo que deseaba ser agregado como médico á la persona del rey, á escribir una sátira contra los competidores de su amigo, que eran los más célebres doctores de París; algunas personas de distinción le aconsejaron que se sustrajera al odio general de que era objeto y se refugió en Leyde en 1746; allí escribió muy luego una nueva sátira contra el charlatanismo y la ignorancia de los médicos y poco después apareció también (1748) su *Hombre-máquina*.

La *Historia natural del alma* (23) comienza por manifestar que desde Aristóteles hasta Malebranche ningún filósofo ha podido explicarnos todavía la esencia del alma. La esencia del alma de los hombres y de las bestias permanecerá siempre desconocida, lo mismo que la esencia de la materia y de los cuerpos; el alma sin cuerpo es, como la materia sin forma, una cosa incomprensible; el alma y el cuerpo han sido formados juntos y al mismo tiempo; quien quiera conocer las propiedades del alma habrá de estudiar primero las propiedades del cuerpo, del cual el alma es el principio vital. Estas reflexiones condujeron á la Mettrie á creer que no existen guías seguros más que los sentidos: «ellos son, dice, mis filósofos»; por mucho que se les desdeñe hay que volver siempre á ellos cuando se investiga seriamente la verdad; examinemos, pues, leal é imparcialmente lo que nuestros sentidos pueden descubrir en la materia, en el cuerpo y sobre todo en los organismos, sin obstinarnos en ver lo que no existe; la materia en sí misma es pasiva, no tiene más que la fuerza de inercia; así en todas partes donde vemos un movimiento debemos necesariamente referirlo á un principio motor; si, por consecuencia, encontramos en el cuerpo un principio motor que hace latir al corazón, sentir á los nervios y pensar al cerebro, llamaremos á este principio el alma.

Hasta aquí el punto de vista adoptado por la Mettrie parece, á decir verdad, empírico, pero no precisamen-

te materialista; sin embargo, en la siguiente obra pasa insensiblemente al materialismo de una manera muy hábil: adaptándose por completo á las ideas y á las fórmulas escolásticas y cartesianas, la Mettrie discute la esencia de la materia, sus relaciones con la forma y la extensión, sus propiedades pasivas y, por último, su facultad de moverse y de sentir; en esto parece conformarse con las ideas más generalmente admitidas y que atribuye vagamente á los filósofos de la antigüedad como si estuvieran de acuerdo en cuanto á la cuestión principal; hace notar la distinción rigurosa que los antiguos establecen entre la substancia y la materia para suprimir esta distinción con más seguridad; habla de las formas que dan á la materia, pasiva en sí, su modo preciso de existencia y su movimiento para hacer de estas formas (dando un pequeño rodeo) simples propiedades de la materia, propiedades inalienables de la materia é inseparables de su esencia. El punto capital en esta cuestión, como en el estratonismo, es la eliminación del primer motor inmóvil, del dios de Aristóteles, existiendo fuera del mundo é imprimiéndole el movimiento; es sólo por la forma como la materia se hace una substancia determinada; pero, ¿de dónde recibe esta forma? De otra substancia que es igualmente de naturaleza material, ésta de otra y así sucesivamente hasta el infinito, lo que quiere decir: no conocemos la forma más que en tanto que se halla unida á la materia. En esta unión indisoluble de forma y de materia, las cosas que se transforman recíprocamente obran las unas sobre las otras, y lo mismo ocurre con el movimiento; luego el ser pasivo no es más que la materia aunque nuestro pensamiento la separe (de la forma); la materia concreta y real nunca está desprovista ni de forma ni de movimiento; es, pues, idéntica con la substancia; hasta donde no se percibe el movimiento, existe, sin embargo, como posibilidad; así, como posibilidad (en potencia, dice la Mettrie) la materia contiene en sí todas las



formas; no hay el menor motivo para admitir un agente fuera del mundo material; dicho agente no sería en modo alguno un ser de razón; la hipótesis de Descartes, de que Dios es la única causa del movimiento, no tiene valor alguno para la filosofía que exige la evidencia; no es más que una hipótesis imaginada por él bajo el influjo de la luz de la fe.

Viene en seguida la prueba de que la facultad de sentir pertenece también á la materia; la Mettrie demuestra que esta opinión es la más antigua y la más natural, y en seguida pasa á refutar los errores de los modernos, particularmente de Descartes que la han combatido. Las relaciones del hombre con el animal, este gran flaco de los filósofos cartesianos, desempeña en esta cuestión un papel preponderante; la Mettrie hace con mucha sagacidad la observación siguiente: en el fondo no tengo otra certidumbre inmediata que mi sensación; los demás hombres experimentan también sensaciones, lo que deduzco con gran fuerza de convicción de sus gritos y gestos antes que de su palabra articulada; este lenguaje enérgico de las emociones es el mismo en los animales que en los hombres y tienen un poder de demostración muy superior á todos los sofismas de Descartes; si se quiere argüir la diferencia de la forma exterior, la anatomía comparada nos enseñará que la organización interna del hombre y de los animales presenta una perfecta analogía. Si por el momento nos es imposible comprender cómo la facultad de sentir puede ser un atributo de la materia, el enigma es semejante á muchos otros donde, según la expresión de Leibnitz, en vez de la cosa misma no vemos más que el velo que la encubre. No se sabe si la materia tiene en sí misma la facultad de sentir ó si sólo la adquiere en la forma de los organismos, pero, aun en este caso, la sensación y el movimiento deben pertenecer á toda la materia, por lo menos como posibilidad; así pensaban los antiguos cuya filosofía se prefiere, por lo general, á los ensayos

defectuosos de los modernos, por sus juicios competentes.

La Mettrie pasa luego á la teoría de las formas substanciales, y aquí no se separa tampoco de las ideas tradicionales; llega á la concepción de que las formas solas dan en realidad la existencia á los objetos, los que no son lo que son cuando no tienen la forma, es decir, la precisión que les califica; por formas substanciales se entiende aquellas que determinan las propiedades esenciales de los cuerpos, y por formas accidentales las modificaciones fortuitas; los filósofos antiguos han distinguido muchas formas en los cuerpos vivos: el alma vegetativa, el alma sensitiva y, para el hombre, el alma racional (24). Todas las sensaciones proceden de los sentidos, los cuales comunican por medio de los nervios con el cerebro, lugar de la sensación; en los tubitos de los nervios se mueve un fluido, el espíritu animal, espíritu vital, de que la Mettrie considera la existencia como demostrada por la experimentación; no hay, pues, sensaciones cuando el órgano de la sensación no experimenta una modificación que afecte á los espíritus vitales, los cuales transmiten en seguida la sensación al alma; el alma no siente en los sitios en que se cree sentir, pero por la calidad de las sensaciones indica el lugar colocado fuera de ella; sin embargo, nosotros no podemos saber si la substancia de los órganos experimenta sensación, porque esto no puede ser conocido más que por esta substancia misma y no por el animal entero (25); ignoramos si el alma ocupa solo un punto ó una región del cuerpo, pero como todos los nervios no terminan en un solo y mismo punto en el cerebro, es verosímil la primera hipótesis. Todos los conocimientos no están en el alma más que en el momento en que es afectada por ellos, y toda conservación de esos conocimientos se reduce á estados orgánicos.

Así, la *Historia del alma*, partiendo de las ideas ordinarias, conduce insensiblemente al materialismo, y, al fin



de una serie de capítulos, se encuentra la conclusión de que lo que experimenta las sensaciones debe ser igualmente material; la Mettrie ignora cómo ocurre todo esto, pero, ¿por qué, según Locke, se ha de limitar la omnipotencia del Creador á causa de nuestra ignorancia? La memoria, la imaginación, las pasiones, etc., se declaran inmediatamente materiales. El capítulo, mucho más corto que los anteriores, acerca del alma racional, trata de la libertad, de la reflexión, del juicio, etc., de modo que conduce igualmente, en cuanto es posible, al materialismo, pero reservando esta conclusión al capítulo titulado: «La fe religiosa puede sólo confirmarnos en la hipótesis de un alma racional.» No obstante, este mismo capítulo tiene por objeto manifestarnos cómo la metafísica y la religión acaban por admitir un alma: la verdadera filosofía debe reconocer francamente que el incomparable sér engalanado con el hermoso nombre de alma la es desconocido; aquí la Mettrie cita las palabras de Voltaire: «Tengo cuerpo y pienso», haciendo observar con placer cómo Voltaire se burla de la argumentación de las escuelas destinadas á probar que ninguna materia puede pensar. Se lee con interés el último capítulo titulado: «Historias que prueban que todas las ideas vienen de los sentidos.» Un sordo mudo de Chartres, habiendo súbitamente recobrado el oído y aprendido á hablar, se encontró desprovisto de toda idea religiosa aunque en su juventud había sido educado en todas las ceremonias y prácticas devotas, y un ciego de nacimiento no vió inmediatamente después de la operación más que un montón confuso de colores sin lograr distinguir una bola de un dado de jugar; la Mettrie cita y aprecia con simpatía y conocimiento de causa el método de Amman relativo á la educación de los sordomudos; por el contrario, con la falta de crítica muy común en esta época, cuenta una serie de historias de hombres que se han vuelto salvajes y, según relatos muy exagerados, pinta al orangután como una

criatura casi enteramente semejante al hombre; su conclusión invariable es que el hombre no llega á ser realmente hombre más que gracias á las nociones comunicadas por los sentidos, que le dan lo que llamamos su alma; el desarrollo del espíritu no marcha jamás de dentro afuera.

Lo mismo que el autor de la *Correspondencia acerca de la esencia del alma* no deja de unir á Melanchthon á su sistema, así la Mettrie se remonta hasta el Padre de la Iglesia Arnobio y toma de su escrito *Adversus gentes* una hipótesis que ha llegado á ser quizá el prototipo del hombre estatua, que desempeña su papel en Diderot, Buffon y principalmente en Condillac: Supongamos que en un subterráneo débilmente iluminado donde no llega ningún ruido ni acción exterior alguna, un niño recién nacido recibe de una nodriza, siempre silenciosa, los cuidados estrictamente precisos y se le cría así, sin ningún conocimiento del mundo y de la vida humana, hasta la edad de veinte, treinta ó cuarenta años; si entonces á este hombre se le saca de su soledad y se le pregunta qué ha pensado en su aislamiento y cómo ha sido alimentado y educado, ni aun sabrá que los sonidos que se le dirigen significan alguna cosa; ¿dónde está, en tal momento, esa partícula inmortal de la divinidad? ¿dónde está el alma tan sabia y tan inteligente que va unida al cuerpo? (26). Como la estatua de Condillac, este sér, que no tiene de humano más que la forma y la organización física, habrá desde este instante, por el empleo de los sentidos, de experimentar sensaciones que se coordinaran insensiblemente y la instrucción hará el resto para darle un alma, cuya posibilidad sólo descansa en la organización física. Aunque Cabanis, discípulo de Condillac, haya eliminado con razón esta hipótesis antinatural, es preciso, no obstante, concederle algún valor cuando se ve que la teoría cartesiana de las ideas innatas se apoya en argumentos tan débiles. En conclusión, la Mettrie plantea las tesis que



siguen: «Si no hay sentidos no hay ideas.» «A menos sentidos, menos ideas.» «Poca instrucción, pocas ideas.» «Sin sensaciones no hay ideas.» Así continúa paso á paso hacia su objeto y termina con estas palabras: «por consecuencia, el alma depende esencialmente de los órganos del cuerpo, con los cuales se forma, crece y degenera: *ergo participem lethi quoque convenit esse*».

De otra manera procede en la obra donde ya en el título hace del hombre una máquina; si la *Historia natural del alma* fué hábil y circunspectamente coordinada, no llegando más que poco á poco á sus sorprendentes resultados, en esta otra obra la consecuencia final se enuncia desde el principio; si la *Historia natural del alma* se dignaba ocuparse de la metafísica de Aristóteles para mostrar que sólo es un vano molde que puede también encerrar un contenido materialista, aquí no se trata ya de ninguna de esas distinciones sutiles. En la cuestión de las formas substanciales, la Mettrie llega á refutarse á sí mismo, no porque haya cambiado de opinión en el fondo, sino con la esperanza de sustraer mejor su nombre á sus perseguidores, esforzándose en ocultarlo todo lo posible; así las dos obras difieren esencialmente en cuanto á la forma; la *Historia natural del alma* está regularmente dividida en capítulos y párrafos y *El Hombre-máquina*, por el contrario, se desarrolla como el curso de un río que jamás se interrumpe. Adornado de todas las flores de la retórica, este libro se esfuerza en persuadir tanto como en probar; está redactado con la convicción y la intención de hallar en las clases ilustradas una acogida favorable y de hacer una rápida propaganda; es una obra de polémica destinada á facilitar el camino á una teoría, no á probar un descubrimiento; la Mettrie no descuida al propio tiempo de apoyarse en la amplia base de las ciencias naturales; hechos é hipótesis, argumentos y reflexiones, todo está reunido para conducir al mismo objeto. Sea por proporcionar buena acogida á su obra, sea por ocultarse

todo lo posible, la Mettrie se la dedicó á Alberto de Haller y, esta dedicatoria, que Haller no quiso aceptar, fué causa de que el disgusto personal de estos dos hombres se mezclara en la cuestión científica; á pesar de ello la Mettrie reimprimió la dedicatoria, que consideraba como la obra maestra de su prosa, en las ediciones sucesivas; la dedicatoria contiene un elogio entusiasta del placer que procuran las ciencias y las artes.

La obra comienza declarando que no debe bastar á un sabio estudiar la naturaleza é inquirir la verdad; todos los sistemas de los filósofos relativos al alma humana se reducen á dos: el más antiguo es el materialista, el otro es el espiritualista; preguntar con Locke si la materia puede pensar, equivale á preguntar si la materia puede indicar las horas; la cuestión es saber si ella puede hacerlo en virtud de su propia naturaleza (27). Leibnitz con sus mónadas ha planteado una hipótesis ininteligible; «ha espiritualizado la materia en vez de materializar el alma». Descartes ha cometido la misma falta admitiendo dos substancias, como si él las hubiese visto y contado; los más prudentes han dicho que no puede reconocerse el alma más que á la luz de la fe; si entre tanto, como seres razonables, se reservan el derecho de examinar lo que la Sagrada Escritura entiende por la palabra espíritu, se ponen en contradicción con los teólogos, los cuales además están en contradicción consigo mismos; porque si hay un Dios y ha creado la naturaleza lo mismo que la revelación, nos ha dado la una para explicar la otra y la razón para ponerlas de acuerdo; la naturaleza y la revelación no pueden contradecirse sin que Dios sea un estafador; si existe, pues, una revelación, ésta no debe contradecir á la naturaleza.

Como ejemplo de objeción pueril hecha á esta argumentación, la Mettrie cita un pasaje del *Espectáculo de la naturaleza* del abate Pluche: «Es asombroso que un hombre que rebaja nuestra alma hasta el punto de hacer



de ella un alma de cieno (se trata de Locke), se atreva á constituir á la razón como juez soberano de los misterios de la fe; en efecto, ¿qué respetuosa idea tendrían del cristianismo siguiendo tal razón?» Este fútil género de polémica que, por desgracia, se emplea con frecuencia todavía contra el materialismo, lo combate con justicia la Mettrie; el valor de la razón no depende de la palabra «inmaterialidad», sino de los actos que realiza; si un «alma de cieno» descubre las relaciones y el encadenamiento de innumerables ideas, será evidentemente preferible á un alma lela y estúpida formada de los elementos más preciosos; avergonzarse con Plinio de nuestro miserable origen es indigno de un filósofo, porque precisamente lo que parece vulgar es aquí el hecho más maravilloso, en el cual la naturaleza ha desplegado mayor arte; aun cuando el hombre tuviera un origen más bajo todavía, no por eso dejará de ser el más noble de los seres; cuando el alma es pura, digna y elevada, es un alma hermosa y honra á quien está dotado de ella. En lo que concierne á la segunda reflexión de Pluche se podría decir también: «No hay que creer en el experimento de Torricelli, porque si proscribimos el *horror vacui*, ¿qué filosofía tendremos que valga la pena? (Esta comparación estaría mejor expresada así: no se puede precisar nada en la naturaleza por los resultados de la experiencia, porque de fiarse en los experimentos de Torricelli, ¿que extraña idea tendríamos del *horror vacui*!)»

La experiencia y la observación, dice la Mettrie, deben ser nuestros únicos guías; las hallamos en los médicos que han sido filósofos, pero no en los filósofos que no fueron médicos; sólo los médicos, que estudian tranquilamente el alma en su grandeza como en sus miserias, tienen derecho de hablar aquí; en efecto, ¿qué nos enseñan los demás y particularmente los teólogos? ¿no es risible oírles decir descaradamente acerca de un objeto que jamás han conocido, del cual están alejados por sus estu-

dios, por su obscurantismo, causa de mil preocupaciones, y, en una palabra, por su fanatismo que les hace ignorar lo que es el mecanismo del cuerpo? Aquí la Mettrie incurre en una petición de principio del mismo género del que acusa con justicia á sus adversarios; los teólogos tienen ocasión también de conocer el alma humana por experiencia y, la distinción respecto á su valor, no estriba más que en una diferencia de método y en las categorías con las cuales la experiencia está relacionada.

El hombre es, como añade la Mettrie, una máquina construida de tal modo que es imposible *a priori* formarse una idea exacta de ella; son de admirar, aun en sus ensayos infructuosos, los grandes genios que han emprendido aunque en vano esta tarea: Descartes, Malebranche, Leibnitz y Wolff; pero es menester penetrar por un camino muy diferente al que ellos han seguido; sólo *a posteriori*, partiendo de la experiencia y del estudio de los órganos corporales, es como se puede obtener, si no la certidumbre, por lo menos el más alto grado de probabilidad; los diversos temperamentos, fundados en causas físicas, determinan el carácter del hombre; en las enfermedades, el alma tan pronto se oscurece como parece multiplicarse ó desvanecerse en la imbecilidad; la curación hace de un loco un hombre de buen sentido; á menudo el genio más grande se vuelve idiota y desaparecen los preciosos conocimientos adquiridos con tantas dificultades; tal enfermo pregunta si su pierna está en su cama, tal otro cree tener el brazo que ya le han amputado; el uno llora como un niño al acercarse la muerte y el otro se complace en ella; ¿qué hubiera sido menester para trocar en pusilanimidad la intrepidez de Cayo Julio, Séneca y Petronio?... una obstrucción del bazo, del hígado ó de la vena porta; en efecto, la imaginación está en relación estrecha con esas vísceras de donde nacen los extraños fenómenos de la hipocondría y de la histeria; ¿qué decir de aquellos que se creen metamorfoseados en trasgos y en



vampiros ó creen que su nariz y otros miembros son de cristal? La Mettrie pasa después á los efectos del sueño y describe el influjo que ejercen en el alma el opio, el vino y el café; un ejército, al que se le da bebidas fuertes, se precipita atrevidamente sobre el enemigo delante del cual hubiese huido si no hubiese bebido más que agua; una buena comida produce un efecto excitante; la nación inglesa que come carne medio cruda y sangrienta, parece deber á esta alimentación cierto salvajismo contra el cual sólo puede reaccionar la educación; este salvajismo produce en el alma la fiereza, el odio, el desprecio á las demás naciones, la indocilidad y otros defectos de carácter, como una alimentación copiosa hace al espíritu pesado y perezoso.

Examina luego la influencia del hambre, de la abstinencia, del clima, etc.; pone á contribución la fisiognomía y la anatomía comparada; si no se encuentra degeneración del cerebro en todas las enfermedades mentales, el desorden lo producirá (28) la condensación ú otros cambios de las partes más pequeñas; «casi nada, una fibra diminuta, una cosa cualquiera que no es posible descubrir por la anatomía más sutil, hubiera hecho dos idiotas de Erasmo y Fontenelle». Es una idea propia de la Mettrie la posibilidad de que llegue un día en que se haga hablar al mono (a) y extender así la cultura humana á una parte del reino animal; compara al mono á un sordomudo, y, como es particularmente entusiasta del método relativo á la instrucción de los sordomudos recién inventado por Amman, desea poseer un mono inteligente para hacer

(a) Buffon ha dicho: «El mono hablando hubiese hecho enmudecer de admiración á la especie humana, y asombraría hasta el punto de que á los filósofos les habría costado gran trabajo demostrar que con tan excelentes atributos humanos el mono no era ni más ni menos que una bestia; es, pues, una suerte para nuestra inteligencia que la naturaleza haya separado y puesto en dos especies distintas la imitación de la palabra y de nuestros gestos.» (*Nota de Pommerol.*)

ensayos acerca de su educabilidad; ¿qué era el hombre, dice, antes de la invención de la palabra y el conocimiento del lenguaje?... un animal de esa especie con mucho menos instinto que los demás, diferenciándose de ellos sólo por su fisonomía y las nociones intuitivas de Leibnitz; los hombres mejor dotados, los mejor organizados, imaginaron los signos é instruyeron á los otros como nosotros adiestramos á los animales.

Lo mismo que una cuerda de piano vibra y produce un sonido por el movimiento de las teclas, así las fibras del cerebro, heridas por las sensaciones del sonido, producen las palabras; pero cuando se dan signos de diferentes cosas, el cerebro comienza á compararlos y á tener en cuenta sus relaciones, con la misma necesidad que adapta el ojo bien organizado para ver; la analogía de diferentes objetos nos lleva á reunirlos y por consecuencia á contarlos; todas nuestras ideas están íntimamente ligadas á la representación de las palabras ó signos correspondientes. Todo lo que pasa en el alma puede reducirse á la actividad de la imaginación; quien tiene más imaginación debe ser considerado como la inteligencia más grande; no se sabría decir si la naturaleza ha gastado más en formar un Newton que un Corneille, un Aristóteles que un Sófocles, pero se puede asegurar que ambos géneros de talento no designan más que direcciones diversas en el empleo de la imaginación; por consecuencia, cuando se dice que uno tiene mucha imaginación y poco juicio, se entiende que en él la imaginación se dirige particularmente á la reproducción y no á la comparación de las sensaciones. El primer mérito del hombre es su organización; no sería natural reprimir un modesto orgullo fundado en la posesión de ventajas reales, pues todas las ventajas, cualquiera que sea su origen, merecen ser apreciadas, pero es preciso saberlas estimar en su justo valor; el ingenio, la belleza, la opulencia y la nobleza, aunque hijos del azar, tienen su precio tanto como la habilidad, la ciencia y la virtud.



Decir que el hombre se distingue de los animales por una ley natural que le enseña á discernir el bien del mal, es una ilusión, porque la misma ley existe entre los animales; por ejemplo, sabemos que después de las malas acciones sentimos arrepentimiento, y que á los demás hombres les ocurre otro tanto debemos creerlo cuando lo afirman, ó inferirlo de ciertos indicios que en nosotros mismos encontramos en casos semejantes; pues esos mismos indicios los vemos igualmente en los animales; cuando un perro ha mordido á su amo y éste le castiga, de allí á poco vemos al perro triste, abatido y asustado, y en una actitud humilde reconoce su falta; la historia ha conservado el hecho célebre de un león que no quiso despedazar á su bienhechor, mostrándose reconocido en medio de hombres sanguinarios. La Mettrie deduce de todo esto que los hombres están formados de la misma materia que los animales. La ley moral existe hasta en las personas que por una monomanía enfermiza violan, asesinan ó en el exceso del hambre devoran á los seres que les son más queridos; debieran entregarse á los médicos á esos desgraciados que están bastante castigados con sus remordimientos, en vez de quemarlos ó enterrarlos vivos como hemos visto que se hace; las buenas acciones van acompañadas de tal placer que el ser perverso es ya por sí mismo un castigo. Aquí la Mettrie intercala en su argumentación un pensamiento que quizá no esté estrictamente en su lugar, pero que encaja perfectamente en su sistema y recuerda á J. J. Rousseau: «Todos estamos creados para ser dichosos; nuestro primitivo destino no es ser sabios, pero llegamos á serlo abusando, por decirlo así, de nuestras facultades.» No olvidemos, á propósito de esto, echar una ojeada á la cronología; *El hombre-máquina* se escribió en 1747, publicándose al principio de 1748, y el académico de Dijon sacó á concurso en 1749 la célebre cuestión que valió un premio á Rousseau en 1750; por lo demás, la experiencia del pasado no nos garantiza de que

esta pequeña circunstancia que acabamos de apuntar impidiérase, cambiando el caso, que se censurara á la Mettrie de haberse adornado con los pensamientos de Rousseau.

La esencia de la ley moral, ha dicho más adelante, reside en esta máxima: No hagas á otro lo que no quieras que te hagan á ti; pero quizá esta ley no tenga por base más que un temor saludable; respetamos la vida y la propiedad ajena por conservar la propia, lo mismo que los «Ixión del cristianismo» aman á Dios y abrazan tantas quiméricas virtudes únicamente por temor al infierno; las armas del fanatismo podrán aniquilar á los que enseñan estas verdades, pero jamás á esas verdades mismas. La Mettrie no quiere anular la existencia de un sér supremo; todas las probabilidades hablan en favor de dicha existencia, pero esto no prueba, más que toda otra existencia, la necesidad de un culto; es una verdad teórica sin utilidad práctica alguna, y como innumerables ejemplos demuestran que la religión no lleva la moralidad consigo, se puede también deducir que el ateísmo no excluye la moralidad; es cosa indiferente para nuestro reposo saber si hay Dios ó no le hay, si ha creado la materia ó si ésta es eterna; ¡qué locura atormentarse por cosas cuyo conocimiento es imposible! ¿seríamos más dichosos si pudiéramos saberlo? Se me remite á los escritos de los apologistas célebres; pero ¿qué contienen sino fastidiosas repeticiones que más sirven para confirmar el ateísmo que para combatirlo?

Los adversarios del ateísmo dan gran valor á la finalidad del universo; aquí la Mettrie cita á Diderot que en sus *Pensamientos filosóficos* (29), publicados poco tiempo antes, afirmaba que se podía refutar al ateo con sólo el ala de una mariposa ó el ojo de una mosca, tanto más cuanto que se tiene todo el peso del universo para aplastarle; la Mettrie replica que no conocemos bastante las causas que obran en la naturaleza para que podamos